

—De veras, señor? repitió Cosette; ¿es verdad? Es mía?

El desconocido parecía tener los ojos llenos de lágrimas y de haber llegado al extremo de la emoción, en el que no se habla por no llorar.

Hizo signo afirmativo á Cosette y puso entre las manos de ésta las de la muñeca.

Cosette las retiró vivamente como si se las quemase y se quedó mirando al suelo. En aquel momento sacaba extraordinariamente la lengua. De pronto se volvió, y cogiendo con violencia la muñeca, dijo:

—La llamaré Catalina.

Ofrecían espectáculo extraño los harapos de Cosette juntos y apretando las cintas y las muselinas nuevas de color de rosa de la muñeca.

—Puedo ponerla en una silla?

—Sí, hija mía, la dijo la Thenardier.

En aquellos momentos Eponina y Azelma eran las que envidiaban á Cosette.

Cosette puso á Catalina sobre una silla y se sentó en el suelo, donde permaneció inmóvil y silenciosa contemplándola.

—Juega con ella, la dijo el desconocido.

—Oh, sí! ya estoy jugando, contestó la niña.

La persona que más odiaba en este momento en el mundo la posadera era el desconocido, que se apareció á Cosette como la Providencia. Pero era preciso que se contuviera, á pesar de no poder soportar tantas emociones y de estar acostumbrada á copiar el disimulo de su marido.

Mandó á sus hijas que fueran á acostarse, y pidió permiso al desconocido para que se retirase Cosette, diciéndole con aire maternal *que hoy se ha cansado mucho*. Cosette fué á acostarse llevándose en brazos á Catalina.

La posadera iba de vez en cuando al otro extremo de la sala, en el que estaba su marido, *para ensanchar un poco el corazón*, según decía, y cambiaba con él algunas palabras furiosas, viendo que no podía pronunciarlas en voz alta.

—Viejo maldito y caprichoso! ¿Por qué viene aquí á incomodarnos? ¿Por qué le regala muñecas á ese monstruo y quiere que juegue? ¡Y muñecas de cuarenta francos, cuando yo vendería á ese monstruo por mucho menos!... ¿Tiene este sentido comun? ¿Es loco ese viejo misterioso?

—Eso es muy sencillo, y no sé por qué

lo extrañas, le replicaba el marido; porque eso le divierte. A tí te divierte que trabaje la niña y á él que juegue. Está en su derecho. El viajero hace lo que quiere cuando paga. Nada te importa que sea filántropo, imbecil ó loco. En esto no debes meterte, ya que tiene dinero para pagar.

Lenguaje de amo y razonamiento de posadero; ni uno ni otro admitían réplica.

El desconocido, apoyado en la mesa, volvió á tomar su actitud pensativa. Los demás viajeros, trajineros y feriantes se habian alejado de él y ya no cantaban, examinándole desde lejos con cierto temor respetuoso.

Así transcurrieron algunas horas. Había ya pasado la Nochebuena y terminado la misa del Gallo. Los bebedores habianse marchado y el bodegon estaba cerrado ya; la sala baja desierta, el fuego apagado, y el desconocido continuaba en el mismo sitio y en la misma postura. No habia pronunciado una sola palabra desde que Cosette se fué á acostar.

Solo los posaderos, por el bien parecer y por curiosidad, permanecían en la sala.

—Si pensará pasar la noche ahí? gruñía la posadera.

En aquel momento dieron las dos de la madrugada; la Thenardier se declaró vencida y dijo á su marido:

—Me voy á acostar. Tú haz lo que quieras.

Sentóse el posadero junto á una mesa, encendió una vela de sebo y se puso á leer el *Correo Francés*.

Así se pasó una hora. El bodegonero se habia leído lo menos tres veces el periódico desde la cruz hasta la fecha. El desconocido no se movía.

Thenardier se movió, tosió, escupió, se sonó, hizo ruido con la silla; el forastero continuaba inmóvil.—Estará dormido? pensó para sí Thenardier. El desconocido no dormía, pero nada lo despertaba.

Por fin Thenardier se quitó el casquete, se acercó lentamente á él y se aventuró á decirle:

—El señor no vá á descansar?

Decirle *no vá á acostarse* le parecia usar con él demasiada familiaridad. *Descansar* era más respetuoso y de mejor educación. Hablar en buenos modales tiene la propiedad misteriosa y admirable de aumentar al día siguiente por la mañana el total de la cuenta.

—Calla! exclamó el desconocido, tenéis razon. Dónde está la cuadra?

—Señor, le contestó Thenardier sonriendo, voy á conducirlos.

El desconocido tomó el paquete y el baston, Thenardier la luz, y lo acompañó á un cuarto del primer piso adornado con lujo estrafalario, con muebles de caoba y una cama en forma de barco, con colgaduras de percal rojo.

—Qué significa esto? preguntó el desconocido.

—Esto es mi cámara nupcial. Mi esposa y yo dormimos ahora en otra. Aquí no se entra más que tres ó cuatro veces al año.

—Lo mismo me hubiera dado dormir en la cuadra, contestó con tono brusco el desconocido.

Thenardier hizo como que no oía esta observacion, poco halagüeña para él.

Encendió dos velas de cera que, sin estrenar, estaban encima de la chimenea, en la que ardía una buena lumbre. Sobre esta chimenea habia un sombrero de mujer con adornos de hilo de plata y de flores de color de naranja, debajo de una campana de cristal.

—Esto qué es? preguntó el desconocido.

—Es el sombrero que llevó mi mujer el día que nos casamos.

El desconocido lo miró de un modo que parecia querer decir:—¿Ha habido, pues, un momento en que aquel monstruo fué virgen!...

Pero Thenardier mentía. Cuando arrendó aquella casucha para convertirla en bodegon, encontró el cuarto amueblado como estaba ahora, y compró los muebles y las flores de color de naranja, creyendo que ese conjunto proyectaría simpática sombra sobre su esposa, resultando para su posada lo que los ingleses llaman respetabilidad.

Cuando volvió la cabeza el desconocido ya no vió á Thenardier, que se habia eclipsado discretamente, sin atreverse á dar las buenas noches para no tener que tratar con cordialidad poco respetuosa al hombre que se proponía desollar régicamente al otro día.

El posadero se retiró á su cuarto. Su mujer estaba ya acostada, pero no dormía. Cuando oyó entrar á su marido le dijo:

—¿Sabes que mañana pienso poner á Cosette de patitas en la calle?

—Muy á pechos lo has tomado.

No hablaron más y al poco rato apagaron la luz.

El desconocido dejó en un rincón el paquete y el baston. En cuanto salió The-

nardier se sentó en un sillón y se quedó pensativo. Despues se quitó los zapatos, tomó una de las dos velas, apagó la otra y salió del cuarto, mirando á su alrededor como quien busca algo. Atravesó un corredor y llegó á la escalera. Desde allí percibió leve ruido, parecido á la respiracion de un niño. Siguió la direccion del ruido y llegó á un hueco triangular practicado debajo de la escalera, ó pormejor decir, formado por ella misma, porque este hueco era el que quedaba naturalmente debajo de los peldaños. Allí, entre cestos y trastos viejos, entre el polvo y las telarañas, habia una cama, si cama puede llamarse un jergon lleno de agujeros, por los que enseñaba la paja, y encima de él un cobertor agujereado, por el que á trechos se veía el jergon. Este estaba en el suelo y sin sábanas. En esta cama dormía Cosette. Acercóse á ella el desconocido y se quedó contemplándola. Cosette, echada y vestida, dormía profundamente. No se desnudaba en invierno para tener así menos frio. Abrazaba á la muñeca, cuyos grandes ojos abiertos brillaban en la oscuridad. Cosette exhalaba de vez en cuando hondo suspiro, como si fuese á despertarse, y estrechaba la muñeca en sus brazos casi convulsivamente. Al lado de la cama solo se veía uno de sus zuecos.

Una puerta abierta cerca de donde estaba Cosette dejaba ver un cuarto oscuro, bastante grande. El desconocido se internó en él. En su fondo, y al través de una puerta vidriera, se veían dos camas gemelas muy blancas. Eran las de Eponina y de Azelma. Detrás de las camas se distinguía una cuna sin colgaduras donde dormía el niño, que estuvo llorando toda la noche.

El desconocido conjeturó que este cuarto se comunicaria con el de los posaderos. Iba á retirarse, cuando le llamó la atencion una de esas grandes chimeneas de posada, en las que hay muy poco fuego, cuando le hay, y que dá frio el verlas. En ésta no habia fuego ni ceniza, pero llamó la atencion del viajero, porque vió en ella dos zapatitos de niña, de hermosa forma, pero de tamaño desigual: entonces el desconocido recordó la inmemorial costumbre de los niños en Francia de poner un zapato en la chimenea la noche de Navidad, para que coloque en la oscuridad un regalito una hada benéfica. Eponina y Azelma no faltaron á esta costumbre, y cada una puso un zapato en la chimenea.

El desconocido los examinó.

La hada, es decir, la madre, habia hecho ya la visita y habia dejado en cada zapato una moneda de un franco, nueva.

El viajero vió además, en el fondo, en el rincon más oscuro de la chimenea, otro objeto. Un zueco, un zueco horrible de la madera más basta, medio roto y lleno de ceniza y barro seco. Era el de Cosette. La pobre niña, con la ciega confianza de los niños, que hace que siempre se consiga engañarlos, puso tambien su zueco en la chimenea.

La esperanza es dulce y sublime en una niña que solo ha conocido la desesperacion.

El zueco no contenia ninguna moneda.

El viajero se inclinó hácia el zueco de Cosette y metió en él un luis de oro.

Despues se fué de puntillas á su habitacion.

## IX.

Thenardier maniobrando.

Al dia siguiente, quizás dos horas antes de amanecer, Thenardier, sentado junto á una mesa de la sala del bodegon, á la luz de una vela, estaba arreglando la cuenta del viajero del leviton.

Su mujer, de pié é inclinada sobre él, seguia con la vista la operacion de su marido. No hablaban; él estaba entregado á profunda meditacion, y ella á la admiracion religiosa con que esperamos ver nacer y florecer una maravilla del espíritu humano.

Oíase ruido en casa; lo producía la Alondra barriendo la escalera.

Despues de un cuarto de hora largo y de hacer algunas raspaduras, Thenardier formuló la siguiente obra magistral:

Cuenta del señor del núm. 1.

Cena. . . . .	12 reales.
Cuarto. . . . .	40 "
Bujías. . . . .	20 "
Fuego. . . . .	16 "
Servicio. . . . .	4 "

TOTAL. . . . . 92 "

La palabra servicio estaba escrita así: *cervisio*.

—Noventa y dos reales! exclamó la mujer con entusiasmo y moviendo la cabeza.

Como los grandes artistas, Thenardier estaba descontento de su obra.

—Psch! prorumpió con el mismo

acento que Castlereagh al redactar en el Congreso de Viena la cuenta que se queria imponer á Francia.

—Tienes razon, exclamó la Thenardier, pensando en que habia regalado una muñeca á Cosette delante de sus hijas; debe abonar lo que le pides. Es justo, pero es demasiado y no querrá pagar.

Thenardier, sonriendo friamente, dijo: —Pagará.

Su sonrisa tenia la significacion suprema de la certidumbre y de la autoridad. Lo que él decia de ese modo tenia que suceder, y su esposa ya no insistió. Se dedicó á arreglar las mesas, mientras Thenardier se paseaba arriba y abajo por la sala.

Poco rato despues éste dijo: —¡Y yo que debo mil quinientos francos!

Dicho esto se sentó en un rincon de la chimenea, poniendo los piés sobre la ceniza caliente y quedándose pensativo.

—Ah! exclamó de pronto su mujer; no olvides que hoy despido á Cosette. ¡Es un mónstruo que me roe las entrañas con su muñeca! ¡Preferiria casarme con Luis XVIII á tenerla un dia más en casa!

El marido encendió la pipa, y echando una bocanada de humo, le dijo á su mujer:

—Entregarás esta cuenta al viajero del leviton.

Despues salió de la sala. Apenas acababa de salir Thenardier, entró el desconocido; pero el posadero entró otra vez detrás de él y se quedó inmóvil y oculto tras de la puerta, visible tan solo para su mujer.

El viajero llevaba en la mano el baston y el paquete.

—Mucho madruga el señor. ¿Que nos deja ya? le preguntó la Thenardier.

Hablándole de este modo, con embrazo, daba vueltas á la cuenta entre los dedos, haciéndola pliegues con las uñas. Expresaba su fisonomía lo que no la era habitual: la timidez y el escrúpulo. Se le resistia presentar semejante cuenta á un hombre que tenia la apariencia de pordiosero.

El viajero la contestó: —Sí, señora, me voy.

—¿El señor no tiene negocios en Montfermeil?

—No, estoy aquí de paso; y añadió: qué es lo que debo?

La Thenardier, sin hablar, le presentó la cuenta.

El desconocido desdobló el papel y lo

miró, pero su atencion indudablemente se fijaba en otras cosas.

—Haceis negocio en Montfermeil? preguntó á la posadera.

—Así, así, señor, contestó la Thenardier, admirada de que la cuenta no le hiciera gran efecto.

Despues de breve pausa, prosiguió con acento elegíaco:

—Señor, los tiempos están muy malos, y en esta aldea hay pocos vecinos acomodados. No hay más que gente de poco dinero. Fortuna es que de vez en cuando viene algun viajero rico y generoso como vos. Además, tenemos tantos gastos... Esa niña nos cuesta un ojo de la cara.

—Qué niña?

—Cosette, la Alondra, como la llaman en la aldea.

—Ah! exclamó el desconocido.

La posadera continuó:

—¡Qué estúpidos son los lugareños para poner apodos!... La niña más aspecto tiene de murciélago que de Alondra. No pedimos limosna, pero tampoco podemos darla. Casi no ganamos y tenemos muchas contribuciones que pagar, y luego, teniendo hijas, no puedo mantener á las de los demás.

—¿De modo que os alegraríais de que os desembrazasen de ella?

—De quién? de Cosette?

—Sí.

La cara colorada y violenta de la figura se iluminó con expresion de alegría repugnante.

—Qué bueno sois, señor! Podeis llevárosla y conservarla, y os bendecirán la Virgen y los innumerables santos de la corte celestial.

—Pues ya está dicho.

—De veras! Os la llevais?

—Me la llevo.

—Ahora mismo?

—Ahora mismo. Llamadla.

—Cosette! gritó la posadera.

—Entre tanto, prosiguió el desconocido, voy á pagaros el gasto que he hecho. A cuánto asciende?

Echó una ojeada á la cuenta y no pudo reprimir un movimiento de sorpresa al leerla.

—A noventa y dos reales!

Miró á la posadera y repitió:—¿Son noventa y dos reales?

Pronunció las palabras que acababa de repetir con el acento que separa el punto de exclamacion del punto interrogante.

La Thenardier tuvo tiempo para

prepararse al choque y respondió con aplomo:

—Sí, señor; noventa y dos reales.

El forastero dejó cinco duros sobre la mesa y dijo:

—Id á buscar á Cosette.

En esto Thenardier entró en la sala diciendo:

—El señor no debe más que cinco reales.

—Cinco reales! exclamó la posadera.

—Cuatro reales por el cuarto y uno por la cena. En cuanto á llevarse á Cosette, necesito hablar antes con el señor. Déjanos solos.

La Thenardier experimentó uno de esos deslumbramientos que producen los rasgos imprevistos del talento. Adivinó que el gran actor entraba en escena; no replicó y salió de la sala.

Cuando quedaron solos los dos hombres, Thenardier ofreció una silla al desconocido, que se sentó. El posadero permaneció en pié y su fisonomía adquirió expresion singular de bondad y de sencillez.

—Es necesario, señor, dijo, que sepais que yo adoro á esa niña.

El viajero le miró con fijeza, exclamando:

—Qué niña?

Thenardier continuó en el uso de la palabra:

—Es extraño, pero ¡no se puede remediar el apasionarse de una persona!... Tanto, que os digo que os guardéis los cinco duros. No quiero entregaros la niña.

—A quién no quereis entregarme? preguntó el viajero.

—A Cosette. No queríais llevárosla? pues hablándoos francamente, no lo puedo consentir. Esa niña me haria mucha falta. La he visto casi nacer. Verdad es que me cuesta dinero, y que tiene sus defectos, que nosotros no somos ricos y que hemos gastado más de cuatrocientos francos en medicinas para curarla de sus enfermedades; pero es preciso ser caritativos y humanitarios. La he criado porque no tiene padre ni madre y parto mi pan con ella. En fin, que quiero á la niña, porque tengo más corazon que cabeza; yo soy así! Mi mujer, aunque es brusca y tiene el génio vivo, tambien la quiere. La tenemos como si fuese hija nuestra y no podemos renunciar á oír en casa su charla infantil.

El desconocido continuaba mirando fijamente á Thenardier; éste prosiguió:

—Perdonad, señor, pero ya compren-

dereis que no se entrega así como así un hijo al primero que llega. No es verdad? Sin embargo, comprendo que debeis ser rico, y que sois honrado y que pudiérais hacerla dichosa... pero yo necesito saber... me comprendéis?... Supongamos (es una suposición) que yo la dejase ir y me sacrificase; pues bien, quisiera saber á dónde la llevais, no perderla de vista, conocer á casa de quién vá, para visitarla de vez en cuando y velar por ella. En fin, que hay cosas que no son posibles. Ni siquiera sé vuestro nombre. Si al menos pudiera ver vuestro pasaporte...

—Señor Thenardier, le contestó el desconocido, no se saca pasaporte para salir á cinco leguas de París. Si me llevo á Cosette me la llevaré sin condiciones. No sabreis mi nombre, ni mi casa, ni dónde ha de ir á parar, pues es mi intención que no os vuelva á ver en toda su vida. Rompo el hilo que aquí la ata y vuela y se vá. Os conviene, sí ó no?

Como los demonios y los géneos conocían por ciertas señales la presencia de un dios superior, comprendió Thenardier que tenía que habérselas con un sér más fuerte que él. Tuvo esta intuición con prontitud clara y sagaz. La noche anterior, mientras bebía con los trajineros, estuvo observando al viajero, acechándole como un gato y estudiándole como un matemático. Le espío por su propia cuenta, por placer y por instinto, como si le hubiesen pagado para que le espicara, y no se le escapó ni una palabra, ni un gesto, ni una mirada del hombre del leviton. Antes de que éste manifestara gran interés por Cosette, Thenardier adivinó que lo tenía. Sorprendió las profundas miradas del viejo clavadas en la niña. Se hizo á sí mismo, entonces, las siguientes preguntas: ¿Quién era aquel hombre? ¿por qué gastando mucho usaba traje de pordiosero? ¿Sería el padre de Cosette? ¿sería el abuelo? ¿Por qué no se daba á conocer en seguida? El que posee derechos hace uso de ellos. Evidentemente aquel hombre no tenía derecho sobre Cosette.

Thenardier se perdía en un mar de hipótesis. Lo entreveía todo y no veía nada. Fuera lo que fuera, comprendía que aquel hombre tenía un secreto que guardar; estaba interesado en permanecer incógnito, y al entablar con él conversación se creyó fuerte; pero al oír la respuesta categórica y firme del viajero se sintió débil, porque comprendió que aquel personaje era sencillamente misterioso. Esto derrotó sus conjeturas. En

un segundo reunió sus ideas y lo pesó todo, porque Thenardier era de esos hombres que de una ojeada juzgan una situación. Calculó que era el momento de ir recto al bulto, é hizo como los grandes capitanes en el momento decisivo, que ellos solo conocen: descubrió bruscamente su batería.

—Señor, le contestó, necesito mil quinientos francos.

El desconocido sacó una cartera de cuero negra y vieja, la abrió y sacó de ella tres billetes de Banco, que dejó sobre la mesa, diciendo al tabernero:

—Haced venir á Cosette.

Mientras esto pasaba, hé aquí lo que hacia la niña.

Cosette, en cuanto se despertó, fué corriendo á ver su zueco y encontró dentro de él la moneda de oro. Quedó deslumbrada. Empezaba á sonreírle la suerte. No había visto nunca una moneda de oro y no sabía cómo era; se la ocultó en seguida en el bolsillo, como si la hubiera robado, aunque conocía que aquella moneda era realmente suya y adivinaba de dónde procedía el regalo, pero su alegría le causaba miedo. Estaba contenta y admirada. Cosas tan magníficas no le parecían reales. La preciosa muñeca y la reluciente moneda de oro le daban miedo. Temblaba sin saber por qué ante estas magnificencias. Solo el desconocido no le causaba miedo, antes al contrario, la tranquilizaba. Desde el día anterior, en medio de su admiración y del sueño, pensaba su espíritu infantil en aquel hombre, que parecía pobre y triste, y que era tan bueno y tan rico. Desde que le encontró en el bosque todo cambió en su modo de ser. Menos feliz que una pobre golondrina, Cosette no había sabido nunca lo que era refugiarse á la sombra de una madre y bajo sus alas. Hacia cinco años, es decir, desde que podía recordar, que no hacia más que temblar y estremecerse. Sufrió desnuda el rudo huracán de la desgracia, y ahora le parecía que estaba ya vestida. Antes su alma sentía frío, ahora calor. Cosette no sentía ya tanto miedo á la Thenardier, porque ya no estaba sola; había encontrado quien velase por ella.

En seguida se puso á trabajar como todas las mañanas. El Luis de oro, que llevaba en el bolsillo del delantal, la distraía. No se atrevía á tocarlo, pero algunas veces pasaba cinco minutos contemplándolo. Barria la escalera, y de vez en cuando se paraba, quedándose inmóvil, olvidando la escoba y al uni-

verso entero, ocupada en ver brillar aquel astro en el fondo del bolsillo. Mientras estaba en una de sus contemplaciones, se acercó á ella la Thenardier, que por orden de su marido fué á buscarla. Contra su costumbre, no la dió ningun porrazo ni la dirigió ninguna injuria; por el contrario, le dijo con voz casi dulce:

—Cosette, ven aquí en seguida.

Un instante despues entraba la niña en la sala baja.

El desconocido tomó su paquete y lo desató. Contenia un vestidito de lana, un delantal, una almilla, un jubon, un pañuelo, medias de lana y zapatos; el traje completo para una niña de siete años; todo el traje era negro.

—Hija mia, le dijo el desconocido, toma esto y vístete en un instante.

Amanecía, cuando los vecinos de Montfermeil, que empezaban á abrir las puertas, vieron pasar por la calle de París á un hombre pobremente vestido, que conducía de la mano á una niña que iba de luto y que llevaba en brazos una muñeca con traje de color de rosa. Se dirigian á la parte de Livry. Eran el desconocido y Cosette. A él nadie lo conocía, y á ella, como iba bien vestida, muchos tampoco la conocieron.

Cosette se iba. Con quién? Lo ignoraba. A dónde? No lo sabía. Lo único que la constaba era que iba á perder de vista el bodegon de los Thenardier. Nadie se despidió de ella, ni ella se despidió de nadie. Salía de aquella casa odiando y odiada. ¡Pobre niña, que hasta entonces solo había experimentado las amarguras de la existencia!

Cosette andaba con gravedad, abriendo sus grandes ojos y contemplando el cielo. Había pasado el Luis al bolsillo del delantal nuevo; de vez en cuando se inclinaba para contemplar la moneda de oro; despues miraba al desconocido. Sentía al mirarle algo parecido á encontrarse cerca de Dios.

## X.

El que busca lo mejor puede hallar lo peor.

La Thenardier, segun costumbre, dejó que su marido hiciese lo que quisiera, pero esperaba grandes acontecimientos. Luego que el desconocido y Cosette se marcharon, un cuarto de hora despues el bodegonero llamó aparte á su mujer y le enseñó los mil quinientos francos.

—Nada más que eso! exclamó ella.

Despues de su casamiento era la primera vez que se atrevía á criticar á su marido.

Su golpe fué certero.

—En realidad tienes razon, contestó Thenardier; soy un imbécil. Dame el sombrero.

Dobló los tres billetes de Banco, se los guardó en el bolsillo y salió con rapidez de la posada; pero equivocó el camino. Se informó de algunos vecinos, que se lo hicieron comprender así, diciéndole que habían visto á la Alondra con un hombre tomar la dirección de Livry. Entonces Thenardier la siguió tambien.

—Sin duda es un millonario vestido de pobre, decia hablando consigo mismo, y yo soy un animal. Primero dió un franco, despues cinco, luego cincuenta, luego mil quinientos, y esto con la mayor facilidad. Hubiera podido sacarle quince mil francos; pero yo lo volveré á atrapar. Tenia preparada la ropa para la niña... luego venia por ella... aquí debe haber algun misterio grave, y el que pilla un secreto no lo suelta fácilmente. Los secretos de los ricos son esponjas de oro, que es preciso saber exprimir.

Todos estos pensamientos bullian en el cerebro de Thenardier.

Al salir de Montfermeil, y al llegar al recodo que forma el camino que se dirige á Livry, se vé desarrollarse éste á lo lejos por la llanura. Al llegar allí creyó el posadero que debía ver al hombre y á la niña, pero miró hasta donde su vista podía alcanzar y no los vió. Volvió á preguntar. Algunos transeuntes le dijeron que se habían encaminado hácia los bosques de la parte de Gagny. Apresuró, pues, el paso en la dirección indicada.

Le llevaba mucha delantera, pero una criatura anda despacio y él caminaba muy de prisa. Además conocía bien el terreno.

De pronto se paró, dándose un golpe en la frente, como hombre que se ha olvidado de lo esencial y que está dispuesto á volver atrás.

—Debía haber tomado el fusil! exclamó.

Thenardier era una de esas naturalezas dobles que encontramos sin saberlo y que desaparecen sin haberlas conocido, porque el destino solo nos las ha enseñado por un lado. La suerte de muchos hombres consiste en vivir casi sepultados en la sombra. En situaciones tranquilas y llenas, Thenardier representaba—no era

—un comerciante honrado y un buen ciudadano; pero al mismo tiempo, en ciertas circunstancias, cuando los acontecimientos levantaban las capas inferiores de su naturaleza, era un verdadero criminal. Satanás debía acurrucarse, en momentos dados, en algún rincón del tabuco donde vivía Thenardier, y quedarse reflexionando sobre la perversidad magistral del bodegonero.

Este vaciló un instante y después pensó:

—Si volviera á casa les daría tiempo para escapar.

Continuó, pues, su camino andando aceleradamente, con seguridad y con la sagacidad de la zorra que olfatea una banda de perdices.

En cuanto pasó los estanques y atravesó oblicuamente el gran claro del bosque, que está á la derecha de la alameda de Bellevue, al llegar al césped, que rodea casi toda la colina, vió encima de un matorral un sombrero, que le hizo formar muchas conjeturas. Era el sombrero del desconocido. Como la maleza era baja, calculó Thenardier que aquel y la niña estaban sentados allí. No veía á Cosette, por ser muy bajita, pero distinguía la cabeza de la muñeca.

No se equivocaba el bodegonero. El desconocido se sentó para que Cosette descansara un poco. Thenardier se fué por detrás de la maleza y se presentó bruscamente ante los que buscaba.

—Perdonad, señor, dijo pudiendo apenas respirar, pero vengo á devolveros los mil quinientos francos.

Hablando así, devolvía al desconocido los tres billetes de Banco. Este levantó la vista y le preguntó:

—¿Qué significa esto?

Thenardier le respondió respetuosamente:

—Esto significa que me vuelvo á quedar con Cosette.

Extremecióse la niña y se apretó contra el desconocido. Este, mirando fijamente al posadero y acentuando todas las sílabas, le dijo:

—¿Que volveis á quedaros con Cosette?

—Sí, señor; voy á llevármela á casa. Lo he pensado mejor y creo francamente que no tengo derecho á entregársela, porque, como veis, soy un hombre honrado. Su madre me la confió y solo á ella debo entregarla. Me contestareis que su madre ha muerto. Bien. En ese caso solo puedo entregar la niña á la persona que me presente por escrito la

orden de la madre para que la entregue. Esto es muy claro.

El desconocido, sin responder, metió la mano en el bolsillo y Thenardier vió que sacaba la cartera de los billetes de Banco.

El posadero se estremeció de alegría.

—Muy bien, dijo para sí; mantengámonos firmes, que vá á corromperme.

El viajero, antes de abrir la cartera, echó una mirada á su alrededor. Aquel sitio estaba absolutamente desierto. Abrió la cartera y sacó de ella, no el paquete de billetes de Banco que esperaba Thenardier, sino un sencillo papelito, que desdobló, y que abierto presentó al bodegonero, diciéndole:

—Teneis razon; leed.

Thenardier tomó el papel y leyó lo siguiente:

“Montreuil-sur-Mer 25 Marzo 1823.

Señor Thenardier:

Entregareis mi hija Cosette al dador. Se os pagarán todas esas pequeñas deudillas.

Recibid mis afectos.

FANTINA.”

—Conoceis la firma? le preguntó el desconocido.

Era, en efecto, de Fantina, y el posadero la reconoció.

A esto no había nada que replicar. Sintió dos violentos despechos: el de tener que renunciar á ser corrompido, como esperaba, y de verse vencido.

El desconocido añadió:

—Podeis guardar ese papel para vuestro descargo.

Thenardier se replegó en buen orden.

—La firma está bien imitada, murmuró entre dientes; pero en fin... no hay subterfugio.

Después intentó un esfuerzo desesperado.

—Ya veo, señor, que sois la persona que envía la madre para que recoja á su hija; pero antes de entregarla quiero cobrar lo que se me debe, que es bastante.

El desconocido púsose de pié, irguiéndose, y con voz grave habló al posadero de este modo:

—Señor Thenardier, en Enero la madre os debía ciento veinte francos; en Febrero le enviásteis una cuenta de quinientos; á fines de Febrero recibisteis trescientos francos y otros trescientos á principios de Marzo. Desde entonces han transcurrido nueve meses, que á quince francos cada uno, según el precio convenido, suman ciento treinta y cinco francos. Teniais recibidos cien á cuenta,

por lo que solo os quedó á deber la madre treinta y cinco, y por estos treinta y cinco os acabo de dar mil quinientos.

Al oír esto Thenardier, experimentó lo que siente el lobo al verse mordido y cogido por la boca de acero de un lazo.

—Quién será este diablo de hombre! se dijo en su interior. En seguida hizo lo que el lobo haría en semejante caso; dió una sacudida, viendo que la audacia le salió bien la primera vez.

—Pues os digo, suprimiendo ya toda clase de respeto, que ó me dais mil escudos ó me quedo con Cosette.

El viajero le dijo á la niña con tranquilidad:

—Ven conmigo, Cosette.

La cogió de la mano izquierda y con la derecha recogió el baston, que estaba en tierra.

Thenardier se fijó en la soledad del sitio y en que el baston era muy grueso.

El desconocido se internó en el bosque con Cosette, dejando plantado é inmóvil al posadero, que no sabía qué hacer.

Mientras se alejaban, Thenardier examinaba los anchos hombros y los enormes puños del viajero. Después echó una ojeada á sus endebles brazos y á sus flacas manos y pensó:

—Verdaderamente fuí un imbécil no trayendo el fusil, ya que iba á cazar.

Thenardier era terco, y aun no se dió por vencido.

—Yo sabré á dónde vá, dijo, y le siguió á cierta distancia. Le quedaron una ironía y un consuelo: la ironía era el pedazo de papel que Fantina firmó y el consuelo los mil quinientos francos.

El viejo y la niña caminaban en direccion á Livry: él andaba con lentitud, con la cabeza inclinada, reflexivo y triste. El invierno dejó los árboles tan desnudos de hojas, que á pesar de andar Thenardier á bastante distancia de ellos no los perdía de vista. De vez en cuando el desconocido se volvía para ver si le seguían. Vió al posadero y se ocultó bruscamente con Cosette en una espesura.

—Diantre! exclamó Thenardier, y redobló el paso.

El espesor de la maleza le obligó á acercarse á ellos. Cuando el desconocido estuvo en el punto más espeso volvió la cabeza. Thenardier procuró esconderse entre las ramas, pero no pudo evitar que le viera el viajero. Este le lanzó una mirada inquieta, se encogió de hombros y continuó su camino. El bodegonero

volvió á seguirle. Andó tras el viejo y la niña unos trescientos pasos; pero de repente el desconocido volvió la cara hacia atrás y vió á Thenardier, y esta vez le arrojó una mirada tan amenazadora, que el posadero creyó ya inútil seguir más adelante y se volvió á casa.

## XI.

Reaparece el número 9.430 y Cosette lo gana á la lotería.

Juan Valjean no había muerto. Al caer en el mar, ó hablando con más propiedad, al arrojarse al mar, como sabemos, estaba libre de la cadena y del grillete. Nadó entre dos aguas hasta llegar á un buque anclado, que tenía amarrada una barca, y se ocultó en ella hasta que llegó la noche. Entonces se echó á nadar otra vez y saltó á tierra á poca distancia del cabo Brun. Allí, como no le faltaba dinero, pudo proporcionarse un traje en una taberna de las cercanías de Balagnier, que era entonces el vestuario comun de los presidiarios escapados y hacia esta especulacion lucrativa. Luego, como todos los fugitivos que tratan de burlar la vigilancia de la ley y la fatalidad social, siguió un itinerario confuso y tortuoso. Primero encontró asilo en los Pradeaux, cerca de Reausset; después se dirigió hácia el Grand-Villard, cerca de Brianzon, en los Altos-Alpes: fuga á tientas é inquieta, por caminos de topas, cuyas ramificaciones son desconocidas. Se pudo más tarde encontrar alguna huella de su paso por el Ain, en el territorio de Civrieux, por los Pirineos en Accous, en el sitio llamado la Granja de Donmeq, junto al caserío de Chavailles, y por las cercanías de Perigueux, en Bruines, canton de la Chapelle-Fonaquet.

Así llegó á Paris, y hace poco le acabamos de ver en Montfermeil.

Su primer cuidado al llegar á Paris fué comprar un traje de luto para una niña de siete años, y en seguida buscar una habitacion. Hecho esto se fué á Montfermeil.

Recordarán los lectores que durante su primera evasión hizo por aquellas intermediaciones un viaje misterioso, del que la justicia tuvo algun indicio.

Por otra parte, le creían muerto, circunstancia que hacia aun más espesa la oscuridad que le envolvía. En Paris llegó á sus manos uno de los periódicos que consignaban que él había muerto aho-